

en ser dominado por la expansión burguesa. La envoltura blanda, la homeóstasis del monstruo, el sistema como una entrada importación (*input*) y salida exportación (*output*) de etnias, alimentos y búsquedas, tendía a ser percibido en los términos actuales de *black-box*. La organización activa de las entradas y salidas étnicas se descargaban sobre la endeble constitución urbana de las ciudades blancas periféricas. Los clanes irrumpían en ellas y sus adobes volvían a ser construidos. La apertura se constituía así en el carácter fundamental y vital para la existencia de estos seres del sistema cerrado. Cada ciudad con sus ejidos y ganados en los límites, era una transgresión al principio del funcionamiento del monstruo, de sus intercambios, transformaciones y estados estacionarios relativos. A su actividad múltiple, a su integridad y abastecimientos. Una ciudad blanca era una hemorragia del sistema. Las etnias lo percibían como tal. En su imaginario se diseñaba una cárcel, y el principio de inmovilidad entre cazadores recolectores funcionaba siempre como un acelerador

El pánico al encierro era tan fuerte, que los recién llegados no podían entender. Miraban al otro lado la conducta de las etnias andinas y no alcanzaban a entender dónde estaba el error. Alimentaban un odio creciente frente a la *barbarie* de la selva.

Las ciudades se autorrepresentaban como el fin del movimiento, es decir el bloqueo de la inseguridad. Leyes exactas. Principios físicos.

Para los encomenderos y funcionarios del XVII estaba claro que el espacio diabólico era también un obstáculo económico. Entre la ciudad de Asunción y la de Santa Cruz de la Sierra se debían caminar setecientas leguas para desviar al Chaco del medio. Se imaginaban negocios de venta de yerba paraguaya entre los peruanos. Incluso tal vez desalojando a la coca. Y en este negocio se calculaban las potenciales pérdidas de las empresas de la Compañía de Jesús en Paracuaria.

III. Lo líquido

En la imaginación de los primeros teóricos sobre el Chaco, la relación *orden/desorden* expresaba a los términos *ríos/engendro*. La disposición de las cosas regularmente clasificadas se lograba mediante los ríos. A la determinación seguía la noción de necesidad. Sin ríos no habría constreñimiento ineluctable de la fisonomía del monstruo. Pero éste respondía desde las nociones privativas del indeterminismo, el azar y la libertad. Es decir mediante una ontología del Diablo. Así anidaba su carácter perverso. Esta relación paradigmática del orden/desorden, infisionaba todos los discursos, todas las praxis, y por ende la inestabilidad psíquica de los sujetos de la

civilización fronteriza. Había algo repulsivo en esta interacción. El desorden estaba en las almas. Hablaba de un estado de humanidad indecible, catastrófico, nubes y asperezas, agresividad y eyaculaciones.

El río Salado, hacia la Gobernación del Tucumán, rodeaba todo el Chaco en más de doscientas leguas hasta desaguar en el Paraná. De Poniente a Oriente corría el río Bermejo, pasando por la jurisdicción de Tarija, el corregimiento de Chichas y por riberas *infestadas* de clanes chiriguano, para dar en las aguas del Paraguay casi frente a la ciudad de Corrientes. Los ríos eran siempre positivos. Formaban parte, en esta cosmovisión, de una armonía universal de las cosas. La solución de sus cuestiones más complejas. La soberana herramienta para el bloqueo del espacio.

La precisión con que estudiosos clérigos y seglares los definían, trazaban su genealogía, diseñaban sus contornos, tonalizaban su personalidad cambiante, restringía el campo de lo indeterminado. Formaba el corpus de una ideología de la materialidad finita, particular, abarcable. Pero cuanto más claro el universo de los ríos, saltaba a contraluz más confusa la personalidad del monstruo.

En todo caso, era necesario que los ríos, como reglas establecidas, disposiciones concertadas entre Dios y la naturaleza, expandiesen su matriz hacia la organización interior del Chaco: orden de simetría, de regularidad, de ciclo, de intercambios, de regeneración y multiplicación. Las aguas del Bermejo eran saludables y sabrosas. Al pasar por todos los terrenos posibles adquirían virtud contra el *mal de piedra y orina*. Los teóricos prácticos del XVII hallaron un tipo de yerba de sus riberas, contra *los flatos, dolor de hijada, hidropesía y gota*. No permitiría indigestiones, por lo que se aconsejaba al que estuviese repleto luego de una comida, tomar un jarro de dicha agua y salir a pasear.

En los bordes inconmensurables del feto, los españoles resultaban tan escasos, que se conocían por sus nombres. Familiaridad que presentaba al territorio bárbaramente extenso como a escala humana. Luis de la Vega (?) había escrito que padeciendo flatos, hijadas y piedras en el Perú, a los cuatro o cinco días que bebiera agua del Bermejo, expelía arenas y piedras, y a cuarenta y cinco días ya tomaba alcohol en ayunas, cenaba leche, ensalada de legumbres y pescado, después de lo cual procedía a hartarse de agua con confianza⁹. Luis de la Vega podía ser un vecino a tres mil kilómetros de distancia, pero se hablaba de él como si viviera casa de por medio.

Se buscaba un orden copulatorio, regenerador, pero que evitase la muerte; que se hallara atrincherado a perpetuidad contra la bastardía del fárrago, la confusión y el desgobierno. La torre de Babel ya había ocurrido una vez. La Biblia dejaba un camino de empedrado terso: no cabía un equívoco más. Todo lo cual suponía clasificar los objetos para su explotación. Desin-

⁹ Pedro Lozano, Op. cit., pág. 24.

tegrar el sistema en sus partes experimentalmente reconocibles. El Bermejo tenía veintidós especies contadas de peces, según un orden de carnes más delicadas a más brutas. Se catalogaban las mieles y las ceras; la fauna comestible y la ponzoñosa. Frente al río de la ciudad de Corrientes, se habló casi dos siglos en la Gobernación de las ostras perleras que los abipones comían lanzando las joyas al agua. El capitán Rui Díaz de Guzmán, en *La Argentina*¹⁰, contó cómo los primeros conquistadores la llamaron *Laguna de las perlas*. Y Martín del Barco y Centenera (Lisboa, 1602)¹¹, como testigo fidedigno, relataba en el canto 2 de su *Argentina*:

En el río Bermejo se derrama,
Y que ésta tenga perlas, lo sabemos;
El Hohoma¹² señor de esta laguna
Me dio en la Asunción cierto más de una.
En gran precio las perlas estos tienen;
Empero ellos no saben horadarles.

Siempre aparecía un espacio de subdesarrollo material indiano, que permitía al sistema colonial llenar el hueco, ejerciendo una acción de transculturación efectiva. Para el caso, los aborígenes no sabían horadar las perlas. Era suficiente para iniciar la derrota.

Las fuentes del río Pilcomayo se calculaban naciendo en las riberas del río Tarapaya, en el cerro de Potosí, donde estallaban las más grandes riquezas de plata americana. Las mentes se agitaban ante la posibilidad de la plata disuelta en el agua, llevada por los ríos hasta desembocar en el Paraguay. En 1611 algún trasnochado contador, histérico ya, hizo el cómputo de los cuatro millones en plata presumible o real perdidos en sesenta y seis años de inconsciencia de la naturaleza. Se pensaba en un escarmiento. El sistema natural se elevaba como un enemigo. Un derrochador absurdo, depravado, pederasta, vicioso. El Diablo.

Se analizaban los objetos dentro y en los alrededores de los ríos. El yacaré o caimán del curso medio del Pilcomayo; las selvas con sus prototipos de maderas a explotar; las riberas blandas, llanas, fértiles para clavar el arado; los palmares de veinte y treinta leguas de extensión con palmas de hasta cuarenta metros de altura; y animales que aún no tenían nombre español.

IV. Lo sólido

Para la colonia de blancos se hacía necesario evitar la confusión entre desorden y orden; anular su combate y contradicción. Crear una lógica sin interferencias, donde el caos estuviera ausente. Una ontología de lo probable, de lo medible y en catalogación. Era evidente que sólo así podría domi-

¹⁰ Rui Díaz de Guzmán. *Historia Argentina, del Descubrimiento, Población y Conquista de las Provincias del Río de la Plata*. Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1835.

¹¹ Martín del Barco y Centenera (1602). *La Argentina, Poema Histórico. Con un estudio del Dr. Juan María Gutiérrez*. Buenos Aires, Talleres I. Peuser, 1912.

¹² Nombre del cacique.

narse el Chaco. En sus conciencias, la búsqueda de información a través de las asociaciones, funcionaba de una manera más abarcativa que en los clanes. La *memoria difusa* aceleraba respuestas asociativas derivadas de la experiencia en espacios y culturas disímiles (Europa, Asia, África). En esta ontología era menester la desparticipación de la poesía. Para el Inca Garcilaso en sus *Comentarios Reales*, el *Pilcomayo* venía a ser la corrupción de *Piscomayu* o *río de los pájaros*. Pero en el Paraguay se lo llamaba *Araguay* o *río del entendimiento*. Los jesuitas no tuvieron dudas de que la traducción del último nombre era la acertada. La magnitud de la conquista anticipaba en el fondo del mundo al siglo de la razón.

La mayoría de los estudiosos —y entre ellos los del Chaco—, trataban de no extraviarse en cuestiones secundarias o sencillamente desvaríos. Un trazado de objetos finitos en un universo finito era lo recomendable. La información olvidada y perdida no debía regenerarse, ni redescubrirse a riesgo de que las evidencias se pusiesen en tensión. La piedra rosetta de Champolion, el mensaje dormido durante siglos, no requería ser despertado. En los ríos tampoco había que buscar mucho más allá que lo que la experiencia europea tenía tabulado. La naturaleza fronteriza del Chaco emitía señales cuya traducción a la praxis europea se convertía en el único, y verdadero por tanto, sistema de signos.

El *estilo de desarrollo ibérico* se realizaría con extraordinarios costes sociales y ambientales¹³. El bioma del Chaco era lentamente descrito para ser despedazado. Sólo que ello era frenado por la ontología de la monstruosidad. En este caso, la estrategia de ocupación del espacio y la futura apropiación de los recursos naturales serían lejanas a la ordinaria para el resto de la América Latina templada y minera. Lo general fue el apoyo en una ideología heredada de la Reconquista española¹⁴. Aquí no había Diablo sino enemigos concretos. A lo sumo infieles.

Para Lozano, como para sus contemporáneos, cada árbol del Chaco tenía un compartimento estanco especial, que categorizaba su consumo y rentabilidad. Pensar en la producción parecía la única forma de abandonar los sentimientos de terror nacidos en los tercios españoles cada vez que se decidía una entrada. Los cálculos de pérdidas no se comparaban con la conquista andina.

Todavía hacia 1880 las pérdidas de las expediciones al desierto seguían siendo significativas.

Los cogollos de las *palmas* se comían cocidos; las hojas del *vinal* mascadas curaban el mal de ojos; con el *palo borracho* se labraban artesas y bateas; el cocimiento del *palo santo* sanaba enfermedades de desahuciados; la resina del *guayacán* tomada en agua caliente detenía la disentería; el *lapacho* tendría un uso en los aserraderos, pero también el *quebracho* y

¹³ Luis Jiménez Herrero. Medio Ambiente y Desarrollo Alternativo. Madrid, Editorial Iepala, 1989, pág. 251.

¹⁴ N. Gligo y J. Morello. «Notas sobre la Historia Ecológica de América Latina» en Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en la América Latina. F.C.E. México, 1976, págs. 136-137.